

ORIENTACIÓN

DE LA

EDUCACIÓN INTELECTUAL DE LA MUJER

EN RELACIÓN CON SUS FINES SOCIALES (1)

Lema: *Fiat voluntas tua.*

I

SON tantos los publicistas notables que han escrito sobre este tema, tantos los ilustres oradores que con su elocuente palabra predicaron el imperio que ha ejercido la mujer en el progreso humano, que maestros, filósofos, poetas, políticos, todos irritándose contra la tradición y contra la historia, han creído ver a la mujer en una perenne esclavitud, de que ha llegado el tiempo de emanciparla, y han pretendido y quieren llamarla a la participación por igual de las cosas y de las pasiones del mundo.

Poco podremos decir sobre esta materia; porque al cabo de tantos años que se viene tratando sobre esto, creemos que, si no está agotado el asunto, poco le falta. Sin embargo, nosotros, que queremos a la mujer más que muchos reformadores de oficio y que quisiéramos para ella algo que nunca ha tenido, trataremos de esbozar algunas ideas, aunque sea caminando por senderos demasiado trillados y conocidos.

Si se compara la educación de la mujer en los tiempos que precedieron a la aparición del Cristianismo, y la que recibe y cómo se la considera en nuestros días, encontraremos una diferencia tan grande como la que existe entre luz y sombra, el ser y el no ser, la inteligencia del

(1) Trabajo premiado en Certamen literario de la Sociedad Económica de Amigos del País de Granada.

hotentote y la del que pasa su vida estudiando los más arduos problemas de la Ciencia.

En los pueblos antiguos, en que la fuerza era la única ley que existía, la mujer estaba reducida a una vida oscura y mezquina; se la consideraba como una cosa más bien que como persona; y si alguna vez salía de la obscuridad en que las costumbres la tenían, era para precipitar con sus vicios a las sociedades en disolución.

En las bacanales y las lupercales tenemos ejemplo del papel que desempeñaba la mujer en aquellos momentos que se acercaba y se confundía con el hombre.

Hasta el Cristianismo, la mujer, con algunas excepciones, no fué más que una esclava, y hasta el amor, pasión para la cual ha nacido la mujer, y que no vive sino amando, ha sido desconocido de los tiempos antiguos.

¡Qué vida más infeliz arrastraría la mujer sin conocer la palabra amor!

Ella, cuya vida está hoy resumida en esta palabra y cuya organización contribuye a desarrollar esta disposición de su alma, siendo la sensibilidad y la imaginación las dos cualidades que más la distinguen.

En varios pueblos de la antigüedad, y aun en la misma Roma, las madres mataban por sus propias manos a los hijos que nacían con alguna deformidad, y en Lacedemonia los entregaban, cuando estaban rodeados de todos los encantos de la infancia, a un consejo de ancianos, que cuidaba de ellos en lo sucesivo y que los arrancaba a la familia para darlos por entero a la sociedad.

Separándose la mujer de sus hijos, renunciaba al amor de madre y renunciaba al misterioso lazo que une más íntimamente a los esposos, que son los hijos, los que forman la verdadera familia y los que prestan nueva vida y alegría al hogar doméstico.

Verdad que la mujer, aun queriendo amar, no hubiera encontrado quien la comprendiera; sus padres la vendían como vil mueble y era entregada a un brutal esposo, que no buscaba amor en la consorte, sino obediencia y satisfacción de sus brutales apetitos, siendo bien pronto relegada al olvido y a vivir en compañía de otras tantas desgraciadas como ella.

Es cierto que la poligamia fué una de las causas que más influyeron en la degradación de la mujer, y que hasta el Cristianismo, al hacer de la esposa la compañera inseparable del hombre y al unirla a éste por

medio del amor, creó la santidad del matrimonio, no escaló el pedestal para que había sido formada, alcanzando toda la dignidad y representación necesaria para poder ser la primera en el amor, como es la primera en la obediencia.

Pero las turbulencias sociales y políticas que han agitado a la Humanidad desde la aparición del Cristianismo, han impedido que la semilla de bendición que su doctrina sembró en la familia haya dado todavía su fruto.

La mujer, levantada en principio del fatigo en que yacía, ha quedado en el hecho sin ejercer su misión social, ni lo que su importancia reclamaba.

En los siglos medios, estuvo sumergida en la más completa ignorancia. Bajo las altas bóvedas de los castillos, la familia cristiana comenzó a delinearse con bastante fuerza; pero eran aquellos unos tiempos en que la mujer no podía influir más que de un modo vicioso en la educación del hombre. Cuando la ignorancia fué disipándose, cuando algunos hombres privilegiados comenzaron a resucitar los antiguos estudios, establecióse una gran diferencia entre la inteligencia del hombre que sabía pensar y la de la mujer que permanecía en su ignorancia primitiva.

Entonces se pensó en el grande atraso en que estaba la mujer respecto a la enseñanza de las cosas más necesarias de la vida; se creyó que podría aprender algunas lenguas muertas para que comprendiese los autores clásicos; se le quiso enseñar Historia, dándole a entender algo acerca de la ley moral que rige la marcha de los acontecimientos humanos.

Pero esto no fué nada; todos aquellos libros no abrazaban en toda su extensión la educación de la mujer tal como era necesaria para que esta hermosa mitad del género humano cumpla su misión en la tierra.

En los tiempos modernos todos saben lo que se le ha dado a la mujer; se le ha querido enseñar lo que el hombre sólo debe aprender, o tratando de evitar los perniciosos efectos de una educación demasiado culta, se la ha mantenido en la más crasa ignorancia.

A nuestro juicio, unos y otros van descaminados. La mujer debe, y hora es ya de que conquiste en la sociedad el puesto que por tantos siglos se le ha quitado; pero no por medio del ruido y las agitaciones del mundo, sino por otro más santo, más tranquilo y más en armonía con su corazón, hecho para el amor y las dulzuras de la familia.

Hase dicho por algunos que la mujer no se halla colocada en la misma igualdad que el hombre; y, en efecto, ni se halla ni debe estarlo. El hombre y la mujer no pueden vivir del mismo modo; distinta es su naturaleza y distinto el fin para que han nacido; hay un mundo aparte para cada uno de los dos sexos en que su vida se desarrolla. El hombre ha nacido para conquistar y dominar el mundo, ora en el campo de batalla entre el humo y el estruendo del cañón y dando su vida por su Patria; ora surcando embravecidos mares y arrojando peligros sin cuento para arrebatarse nuevos secretos a la Naturaleza; ora gastando su inteligencia en largas vigiliass para resolver trascendentales problemas en provecho de la Humanidad, o bien encumbrándose a la cabeza de las sociedades para dictar leyes que rijan a los pueblos y hagan su perfección moral. El hombre siempre se ve dominado por eternas aspiraciones y llega a la muerte sin verlas colmadas.

Con esta fiebre de querer encontrar siempre un más allá y con su voluntad de hierro ha vencido a los elementos que la Naturaleza ha opuesto a su paso, y para él no han sido obstáculo ni los mares, ni los istmos ni las montañas.

En cambio, la mujer ha nacido para embellecer el mundo; no la busquéis atravesando ignotos mares, ni en los combates donde el hombre demuestra aún instintos salvajes, ni en las entrañas de la tierra buscando áureo filón, ni trazando planos para cortar istmos, ni en el Parlamento discutiendo los presupuestos, no; buscadla en el hogar de la familia. Allí la encontraréis siendo el ángel de paz y de amor, calmado con su cariño los dolores que las ilusiones perdidas traen a nuestra alma. En sus caricias consiste su imperio, todo se suaviza a su alrededor.

Míope será de inteligencia el que no vea la división tan marcada que existe entre las atribuciones que pertenecen al hombre, de las que tocan a la mujer. Sin embargo, soñadores ha habido que en su afán de trastornarlo todo han querido que la mujer participe por igual en los destinos de las sociedades. Error craso que pugna con la lógica y las leyes de la Naturaleza. Los que han acariciado esa utopía, ni conocen a la mujer ni tienen sentido común.

Los deberes de la mujer están bien lejos de mezclarse en cuestiones relacionadas con la política de los Gobiernos y de los intereses de los pueblos. Ya lo hemos dicho; la mujer es la llamada a ser el ángel de paz y de la bondad en la sociedad, la que dulcifica las amarguras de la

familia, en cuyo santuario es donde debe ejercer sus sagradas funciones.

Salirse de este círculo para invadir un campo que no le pertenece, mezclándose en asuntos o profesiones que son exclusivamente del hombre, además de ser altamente ridículo, es perjudicial e inconveniente. No se crea por esto que queremos a la mujer sin instrucción alguna; nada de eso. Una mujer sin instrucción es un cuerpo sin alma; pero no una instrucción profunda, sino, como dijo Molière: «Quiero que una mujer tenga nociones de todo». Otra clase de estudios la hacen caer en la nota de ridícula y pedante.

Y Monseñor Lupanloup ha dicho también: «Comprended bien; lo que deseo, lo que anhelo, no son mujeres «sabias», sino la que es preciso a sus hijos y a sus maridos; mujeres inteligentes, juiciosas, pensadoras, instruidas en todo lo que es preciso saber como madres, como amas de casa y como mujeres de sociedad, sin desdeñar jamás las labores manuales, que sepan trabajar, ocupando su inteligencia, y cultivar su alma entera.

»La mayor desgracia del hombre, la que más ha de temer, es tropezar con una mujer ligera, frívola, perezosa, desocupada, ignorante, desabrida, amiga de los placeres y de las diversiones, incapaz de todo estudio, de toda atención perseverante, y, por consiguiente, inhabilitada de tomar parte más activa y real en la educación de sus hijos y en los negocios de la casa y de su marido.»

Estos son los conocimientos y cualidades que, a nuestro ver también, debe la mujer atesorar. De esto a que todas sean bachilleras, licenciadas o doctoras, hay una notable distancia.

Queremos a la mujer, mujer; no la queremos hombre. Ahora bien; ¿se la da hoy a la mujer una verdadera educación e instrucción que esté en armonía con sus sentimientos, su carácter, y para desempeñar su sagrada misión en la familia? No. Se nos argüirá tal vez que en Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla y algunas otras poblaciones la enseñanza de la mujer se halla a una gran altura, que existen numerosos centros donde adquiere una gran cultura; y, en efecto, si se compara la educación que recibe en estas grandes poblaciones la mujer con la de otras capitales de provincia y la mayor parte de los pueblos, es enorme la diferencia. En éstos, la mujer, con todas sus decantadas luces naturales, con toda su natural belleza y sencillez, nace, vive y muere en las tinieblas de la ignorancia.

A. DELGADO CASTILLA.

ORIENTACIÓN

DE LA

EDUCACIÓN INTELECTUAL DE LA MUJER

EN RELACIÓN CON SUS FINES SOCIALES

II

En Madrid pasan de ciento las escuelas de primera enseñanza que existen para señoritas, y lo mismo son numerosos los colegios particulares. Además de la Escuela Normal de Maestras está la «Asociación para la enseñanza de la mujer», que cuenta con «Escuelas primarias», divididas en dos grados: Elemental y Superior, y cuya enseñanza abarca «Lengua española, Aritmética, Geometría, Dibujo, Geografía, Historia, Religión y Moral, Derecho, Higiene, Bellas Artes, Trabajos manuales, Gimnasia, Historia Natural, Caligrafía y Canto».

En la segunda enseñanza adquieren las alumnas conocimientos de cultura general aplicables a los usos de la vida y a la preparación para el ingreso en las Escuelas de Institutrices y de Comercio y que consiste esta enseñanza en ampliación de la Aritmética, Geometría y Dibujo, Gramática con análisis gramatical y lógica, prácticas de redacción y nociones de Retórica y Poética, Lógica, Moral, Derecho, Labores y manejo de la máquina de coser, Música, Francés, Corte de prendas, Caligrafía y sus aplicaciones más usuales.

En las clases para institutrices, además de estas enseñanzas ya dichas, cursan Literatura española, Álgebra, Sociología, Ética, Economía política, Historia Universal, Física y Química, Pedagogía, Historia de las Bellas Artes, Inglés y Pintura.

Y para «Comercio» estudian redacción de documentos comercia-

les, Aritmética mercantil y Teneduría de libros, Primeras materias e ideas generales de fabricación de los productos comerciales, Legislación mercantil y Caligrafía. De suerte que en esta Asociación, que cuenta por centenares las alumnas y un profesorado especial y escogido, tiene la mujer un centro docente donde pueda prepararse y adquirir no sólo la enseñanza primaria completa, la segunda enseñanza y preparación para maestras, sino las carreras de Institutriz y de Comercio.

El Fomento de las Artes, Centro Instructivo del Obrero, Centro Asturiano, Centro Gallego, Matritense de Amigos del País, Círculos Católicos, Artes e Industrias, Música y Declamación y diferentes gremios, en todos estos centros hay numerosas clases para la enseñanza de la mujer. En el «Fomento de las Artes», que es una de las sociedades instructivas más antiguas de Madrid y que desde su creación empleó dos medios principales para el logro de sus aspiraciones: la asociación y la educación y enseñanza de los que faltos de medios y de tiempo no podían concurrir a los Establecimientos oficiales, esta Sociedad, que al principio sólo se limitó a dar aquellas enseñanzas más indispensables para disminuir el gran número de analfabetos que existía, hoy tiene ya establecido un plan de estudios que lleva todos los fines de esta Sociedad, plan que está dividido en seis grupos. El primero que comprende aquellas enseñanzas que son indispensables, atendidos los fines de la Sociedad, como primera enseñanza, dividida en dos grados: Dibujo lineal aplicada a los oficios y Dibujo, teoría y práctica del Arte.

El segundo grupo abarca: Enseñanza de párvulos, primera enseñanza para niños tres grados, ídem para niñas dos grados. El tercero comprende materias de aplicación a oficios y carreras: Gramática, Matemáticas, Ciencias fisiconaturales, Caligrafía e idiomas. El cuarto grupo de asignaturas de carácter especial: Música, Declamación, Contadores de Comercio, Taquigrafía, Mecanografía y preparación para carreras especiales. El quinto de enseñanzas manuales: Corte y confección de prendas de ambos sexos y confección de sombreros y de flores. Y el sexto grupo está constituido por las secciones de cultura general o de conocimientos especiales, ya en forma de conferencias públicas o de cursos breves.

Y esto que decimos de esta Sociedad lo mismo tendríamos que repetir del Centro Instructivo del Obrero, del Ateneo o de cualquier otra, porque todas ellas más modernas que el Fomento de las Artes, han tenido a ésta por norma y tienen establecidas casi las mismas cla-

ses, pues de tal modo progresó la idea de propagar la instrucción de esa Sociedad, que hoy todas las asociaciones que con distintos fines se fundan en Madrid, ya sean de recreo, de intereses regionales, de agrupación y hasta las políticas establecen la enseñanza como complemento de su empeño. Hermoso ejemplo que debiera ser imitado por todas las Sociedades establecidas en provincias.

Ya hemos dicho que en estos centros tiene la mujer facilidad para adquirir algunos conocimientos, ya para la vida práctica, científica o de mero adorno, y que, en efecto, los adquiere porque son muchos cientos de alumnas las que asisten a estas clases; y esto mismo pasa en otras grandes capitales como Valencia o Barcelona; pero esto es bien poco si se compara con el resto de la península.

Así es que podemos decir que la educación de la mujer en nuestra nación se encuentra en un lamentable atraso todavía, no obstante que en ciertas poblaciones se haga un considerable esfuerzo para elevarla a cierto nivel y que nunca llega al grado de cultura de otras naciones, y no obstante también que haya catorce o quince mil escuelas públicas para niñas en España, donde no se obtienen en su mayoría los resultados que reclama hoy la enseñanza de la mujer, casi siempre por exceso de conocimientos inútiles y superfluos y carencia de lo verdaderamente útil y práctico. En casi todas las naciones de Europa las niñas aprenden en las escuelas una gran ciencia, la que enseña a administrar con orden, método y economía el hogar doméstico; feminismo práctico de que estamos muy necesitados en España.

La mujer en la familia representa un papel mucho más importante que el hombre, desde el punto de vista económico; de aquí que estos conocimientos debieran extenderse a todas las escuelas de niñas.

La enseñanza de la «Economía doméstica» ha servido a las mujeres en muchos casos para evitar terribles dramas de miseria.

En esas naciones que van a la cabeza del mundo civilizado, la enseñanza en las escuelas primarias consiste principalmente en conocimientos de la lengua nacional, escritura, aritmética, geografía, moral, historia, ciencias físicas y naturales, y una verdadera higiene y educación física con nociones de fisiología y derecho, en suma, cuanto necesita la mujer, para el trato de sociedad y la educación de sus hijos.

En todos esos centros que tienen muchas capitales extranjeras para la educación de la mujer, se da una gran importancia al casamiento como acto de los más trascendentales de su vida, procurando que al

mismo tiempo que adquiere instrucción sepa también dirigir su casa, desempeñar las faenas domésticas y hacerse agradable al esposo por sus cuidados y honestidad.

Ha de tener conocimientos de la educación que debe dar a sus hijos, a los cuales debe toda su vigilancia, cariño y ternura.

Debe saber cuidar de sus alimentos, sus vestidos, de su educación física aplicando aquellas nociones de fisiología e higiene que están en relación, y de medicina casera para suplir al médico en muchos casos. En todos esos centros se cuida y se mira con cariño la higiene, el desarrollo físico, la salud, en una palabra; y tienen establecidos juegos de recreo y gímnicos. Puntos son éstos, que aunque en algunas de nuestras capitales se va haciendo algo, en las provincias es poco menos que desconocido, donde siguen con la misma rutina de hace un siglo sin atreverse a implantar lo que reclama nuestra época, la buena pedagogía y hasta el sentido común, y sin cuidarse siquiera de renovar el aire de esos infecciosos tugurios donde están establecidas las escuelas y donde pasan las pobres niñas las seis horas de clase sin apenas moverse y muy afanadas en hacer encaje o algún trabajo de costura, pesado y que por lo general ni es útil ni práctico para la vida.

A. DELGADO CASTILLA

